

RESUMEN DEL PROYECTO

XIPHIAS GLADIUS: EL CRISTIANISMO COMO ANTÍDOTO CONTRA LA VIOLENCIA O LA DESMITIFICACIÓN DEL PROYECTO LAICISTA DE ASOCIACIÓN DE VIOLENCIA Y RELIGIÓN.

En el debate periodístico y en el intelectual lo que parece estar más de moda es la relación entre la violencia y la religión. Supone cierto escándalo, sospechosamente bien reconducido por los medios, este vínculo que se ha hecho popular y que ha emergido en la conciencia colectiva como un incuestionable momento de la era moderna: la asociación entre fundamentalismo y religión.

Objetivos: investigar esa relación, desenmascarar su origen en los escritos y bibliografía al caso y escribir y publicar para lograr contrarrestar, en nuestra modesta medida, esa asociación del proyecto ilustrado laicista.

Método: publicaciones en revistas; publicación de un libro; celebración de un seminario-mesa redonda sobre el tema de la violencia y la religión. El punto de partida es nuestra colaboración anterior en el proyecto de COV&R e Imitatio, que tratan de generar un foro internacional sobre la violencia y la religión, en la órbita de la obra de René Girard (COV&R), de Eric Gans (Anthopoetics), James Alison (Imitatio), que no tienen equivalente en España.

INTRODUCCIÓN

La violencia está de moda. ¿Quién podría no advertir que esta palabra encabeza todos los periódicos, abre todos los telediarios, la encontramos en todos los pasillos de colegios y hospitales, y centra las conversaciones de café? El cariz negativo que lleva aparejado en nuestros días - no siempre ha sido así-, se ha visto incrementado por la conciencia, cada vez más extendida, de que, casi siempre, se descarga sobre víctimas inocentes: acosados en el colegio, maltratadas por sus maridos, víctimas de las guerras que mantienen

los políticos, niños indefensos, mujeres sometidas a costumbres culturales vejatorias, hombres sin recursos, pueblos indefensos. Todas esas víctimas soportan resignadamente la locura fratricida que los hombres ejercen los unos sobre los otros. Las preguntas que se suscitan en cuanto se observa o se habla de ella, son: ¿quién hay detrás de su ejercicio?, ¿cuál es su origen?, ¿quién es el culpable?, ¿qué intereses oscuros mueven sus hilos?

Una novedad inquietante surge persistentemente en forma de pregunta en torno a la violencia en los tiempos actuales, gracias a los movimientos de defensa de las víctimas: ¿a quién hay que perseguir porque persigue a las víctimas inocentes? Esta sensibilidad por las víctimas es una novedad radical en la historia de la humanidad. No es que antes no pudiera percibirse la inocencia de aquellos sobre los que recaía la violencia, sino que nunca, como hasta ahora, había existido esa sensibilidad a favor de las víctimas que las hace a nuestros ojos dignas de un respeto sagrado. En todos los ámbitos el victimismo brota como justificación de cualquier violencia para legitimarla. Si uno es víctima de cualquier persona o institución tiene derechos que antes no le eran reconocidos. Pero del reconocimiento legítimo de los derechos se pasa fácilmente a una exigencia de actuación violenta inmediata.

Paradójicamente, para comprender la violencia hay una especie de resistencia a enfrentarse a ella sin prejuicios o armazones ideológicos, no se sabe bien si por su omnipresencia, por su obviedad o porque se intenta alejarla rápidamente de nuestra vida cotidiana. Si se la intenta amortiguar o reconducir, sea por la fuerza o por el derecho, lo que realmente se pretende es expulsarla. Sus efectos contaminantes nos producen pánico. Nos la queremos quitar de encima como si se tratase de un clavo ardiendo, pero infructuosamente, porque las formas que empleamos para sacudirnosla la expanden con más virulencia si cabe. No parece que el fuego se apague con fuego.

Algo ha cambiado, no obstante, a nivel de investigación en antropología, psicología y sociología: así, por ejemplo, mientras que la violencia ni siquiera aparecía como referencia en la edición de 1975 de la Encyclopedia of Social

Sciences, ahora no se habla de otra cosa en todos los diccionarios, seminarios y publicaciones de todo tipo de disciplinas, que tengan que ver con la conducta humana. Hanna Arendt confirmaba mejor que nadie esta sospecha: «Nadie consagrado a pensar sobre la historia y la Política puede permanecer ignorante del enorme papel que la violencia ha desempeñado siempre en los asuntos humanos, y a primera vista resulta más que sorprendente que la violencia haya sido singularizada tan escasas veces para su especial consideración. Esto demuestra hasta qué punto han sido presupuestas, y luego olvidadas, la violencia y su arbitrariedad; nadie pone en tela de juicio ni examina lo que resulta completamente obvio. Aquellos que sólo vieron violencia en los asuntos humanos, convencidos de que eran siempre fortuitos, no serios, imprecisos (Renan) o que Dios estaba siempre del lado de los batallones más fuertes, no tuvieron más que decir sobre la violencia o la Historia. Cualquiera que busque algún tipo de sentido en los relatos del pasado, está casi obligado a ver la violencia como un hecho marginal»#. En un primer momento, las actitudes cotidianas populares parecen confirmar la crítica de Arendt al miedo a enfrentarse a la violencia. Hablar de la violencia con crudeza es motivo de escándalo, parece que estamos bajo la estrategia del avestruz: si no la estudiamos no existe. No obstante, la situación mundial ha hecho que esta predisposición a no querer verla haya cambiado. Ahora hay una inflación enorme de libros y artículos a su alrededor y los coloquios nacionales e internacionales la toman como tema estrella, año tras año. Una serie de factores difundidos por la publicidad, la prensa y el boca a boca, la traen a colación una y otra vez a propósito de hechos escandalosos y estadísticas. Los sucesivos ataques terroristas de los días once, de septiembre y de marzo, son especialmente grandilocuentes, los continuos crímenes llamados de género, el acoso escolar tan de moda, las masacres en colegios, universidades y cuarteles, en EEUU o en Alemania, las pequeñas guerras que estallan por doquier y la sempiterna refriega palestino-israelí, nos hacen sentir el vértigo de su cercanía y contumacia.

En el debate periodístico y en el intelectual lo que parece estar más de moda es la relación entre la violencia y la religión. Supone cierto escándalo, sospechosamente bien reconducido por los medios, este vínculo que se ha hecho popular y que ha emergido en la conciencia colectiva como un incuestionable momento de la era moderna: la asociación entre fundamentalismo y religión. No fue Voltaire el que primero habló de la relación, pero sí el que la puso de moda. En su obra *Cándido* inaugura la forma moderna de enfrentarse al problema. Sin entrar en reflexiones profundas, en el análisis de las causas y formas diferentes de expresión de lo religioso, sobrevuela por encima de los acontecimientos relatándolos y etiquetándolos a modo de inventario bajo el término fanatismo (lo que hoy llamamos fundamentalismo). La Ilustración francesa se escandaliza de las guerras fratricidas que han assolado a Europa en nombre de la religión. Hoy en día, de la misma manera, hay libros que son un calco de las maneras volterianas. Sin ir más lejos está de moda uno# que es un inventario de acontecimientos históricos traídos ad hoc sesgados, desvirtuados, sacados de contexto, y elegidos de entre otros muchos por intereses subjetivos- que prueban su tesis, de origen nietzscheano, de que Dios es la antítesis de la vida y una especie de monstruo sediento de sangre, y la Iglesia su verdugo más estimado. Se recurre sin escrúpulos histórico-críticos a la leyenda negra y la manipulación de los hechos, bien por omisión bien por exageración, y, aunque no encajen los datos o el análisis de las causas, se fuerzan para que lo hagan. El reduccionismo simplista pone en marcha la máquina de encontrar culpables y rápidamente los halla. Así, las grandes masacres de la historia son obra de la Inquisición y de la evangelización, sin distinguirlas de la colonización, sin dar datos o citar estudios objetivos, y se obvian las atribuibles a la diosa razón o sin razón, fruto de la libre voluntad criminal de los hombres. Incluso aquellas más evidentes, que parecen productos inequívocos de la deriva totalitaria de la razón, se intenta referirlas a la perversa influencia de los sistemas religiosos: los progromos nazis y el holocausto, los gulacs y los fusilamientos estalinianos, los casos de Vietnam, Camboya, Ruanda y Burundi, que son los crímenes más grandes jamás conocidos. Estos, no serían consecuencia de las ideologías

(efectos de la razón en su uso perverso), o de la cultura en simbiosis inextricable con lo religioso, sino herencia de sistemas exclusivamente de origen religioso. Michel Onfray, como buen ilustrado considera que las guerras de religión que asolaron Europa en siglos pasados, y que escandalizaron las cándidas almas de los humanistas, son una cuestión estrictamente religiosa, no los intentos de los incipientes estados-nación de usar la religión para sus propios y secretos propósitos. Se censura el hecho de que exista una razón instrumental abusiva y ajena a los valores religiosos detrás de estos crímenes. Estos son contemplados bajo la nueva luz, iluminista, y durante veinticuatro páginas se trata de fundamentar el amor mutuo entre el vaticano y Hitler. Cito el libro de Onfray porque muchos lo han tomado como bandera de la necesidad de descristianizar, de laicizar, de liberar a la sociedad para colocarse a la vanguardia de una era post-cristiana, cuando tal vez no sea sino una apología panfletaria de la violencia nietzscheana, volteriana, rediviva. En nuestro país, Sádaba, Savater, Puente Ojea, van a la zaga. Desde estos puntos de vista el cristianismo sería una máquina religiosa persecutoria de pobres víctimas inocentes y no su defensor. En fin, aunque haya habido delitos atribuibles a gente con hábito que no fueron realmente monjes, es decir, seguidores de Cristo, eso no quita para que todo intento de imputar al cristianismo los crímenes persecutorios que se le atribuyen sea un epatante despropósito, un desconocimiento claro de su mensaje, cuando no una tergiversación de la historia y de los textos descarada y llena de resentimiento.

Múltiples son las formas de esta escandalosa violencia que nos desborda en el mundo actual, pero, se trate de relaciones interindividuales o entre colectivos, entre países o grupos sociales, sus claves están por descifrar. Cuando los investigadores miran hacia la religión no lo hacen buscando llaves hermenéuticas, sino para culpabilizarla. Este proyecto de investigación es un intento de hacer lo primero.

Dicho esto, sin embargo, no se quiere decir que no exista una relación entre la violencia y lo religioso; claro que la hay, pero no como la piensa la postmodernidad, ni los neo-ilustrados o progresistas anticlericales. Esta relación está inscrita en el corazón de lo sagrado primitivo, que es un primer

intento de la humanidad de poner la violencia bajo control, aunque a veces haya sido un factor para su reproducción, pero queda mucho camino todavía para decodificar su mensaje. El cristianismo se convierte en factor reproductor de la violencia cuando los hombres, que dicen ser cristianos, en el uso de su libertad inalienable por parte de Dios, olvidan el mensaje evangélico y lo manipulan en su favor. No obstante, el hecho de que la verdad de la violencia haya que buscarla a través de lo religioso es un dato antropológico indiscutible.

Como dice René Girard textualmente en *Los misterios de nuestro mundo*: "no se puede captar la verdad más que si se actúa en contra de las leyes de la violencia, pero no se puede actuar en contra de esas leyes más que si se ha captado ya esa verdad. La humanidad entera está encerrada dentro de este círculo. Por eso los evangelios, el Nuevo Testamento en su conjunto y la teología de los primeros concilios, afirman que Cristo es Dios, no porque haya sido crucificado, sino porque es el Dios nacido de Dios desde toda la eternidad [...]. El hecho de que en los evangelios esté encerrado un saber auténtico de la violencia y de sus obras no puede ser de origen simplemente humano".

La infinidad de repertorios bibliográficos que pueden encontrarse, que ponen en relación la violencia y la religión como si formaran parte de una simbiosis indisoluble, es ingente. Pero nos sorprenderíamos si supiéramos que la inmensa mayoría datan de hace unas decenas de años. Hay unos primeros intentos pioneros desde el lado de los historiadores, como Gibbon, o del lado de los filósofos, como Voltaire, que han marcado el devenir de esta asociación y han servido de inspiración a expresiones aún más exageradas en sus sucesores modernos, como Sam Harris o Michel Onfray. La antropología comparativista del XIX, seducida por el prejuicio anti-cristiano, sobreabundaba en las tesis que asimilaban lo judeocristiano a lo mitológico y por tanto a la violencia sagrada. Luego, el anticolonialismo de la segunda mitad del siglo XX esgrimirá que la religión es lo que incentivaba la violencia de los colonizadores; y, hoy, el laicismo al uso ostenta un prejuicio, derivado de la Ilustración, que

dice que la religión judeocristiana como demuestran para ellos las Cruzadas, la Inquisición y las guerras europeas, llamadas de religión, de la Reforma, el tema palestino, el sionismo y otra serie de tópicos , está contaminada de una intolerable violencia que la deslegitima en todos los ámbitos de la vida pública. Queda amortizado así el martirio de los primeros cristianos o el holocausto, hechos en el nombre de la razón o del Estado e irrumpe una lectura de la historia poco rigurosa, pero de gran difusión, al estilo de las que plasman Amenábar en Hipatia o Dan Brown en el Código Da Vinci y que cuajan en la mentalidad colectiva. Detrás de esta ideología se mantiene que gracias a la secularización de los estados modernos se controló la violencia religiosa. En medio de la oleada de libros que refrendan sin discusión crítica esa relación escandalosa, casi todos surgidos en el ámbito de la cultura occidental judeocristiana, (las demás culturas no se escandalizan sino que están orgullosas de la inextricable relación entre su religión y su entramado socio-cultural acrítico con la violencia), hay pocos que cuestionen estas tesis ya populares.

La religión se esgrime en las sociedades modernas como la causa de la violencia: se la imputan todos los tipos de intransigencia, persecución, inquisición perversa, causa de guerras incontables, cruzadas de todo tipo, intolerancia, y de peligrosidad para una convivencia pacífica, como un lastre inextricable. Nuestra intención es deshacer este estereotipo mitológico aportando innumerables datos históricos que demuestran que la religión no es separable de la cultura, ni de la política, como para que cuaje que el estado secular e ilustrado es el que nos trajo la paz acabando con las guerras entre sectas cristianas. Ese entramado mitológico incentiva la relegación de la religión a lo privado si se pretende transcendente y transhistórica- para dejar actuar al estado moderno, en su avance hacia el laicismo y la paz, y librnos paternalistamente de una minoría de edad que nos devolvería a los conflictos religiosos. Los estados modernos, apoyados en la regresión anti secular del Islam con su escandalosa cara terrorista-, y en la lectura sesgada de los acontecimientos históricos en los que ha estado implicado el judeocristianismo, creen que están haciendo un favor a la humanidad alimentado este mito de que

la violencia pertenece a la religión y la paz a los estados seculares, que sólo en situaciones extremas recurrirían a una violencia, esta sí legítima, para evitar males mayores. Lo que se oculta tras esta lectura es que «la gradual transferencia de lealtad desde la iglesia transnacional al estado nacional no supuso el fin de la violencia en Europa, sino una migración de lo sagrado desde la Iglesia al estado, que se plasmó en el establecimiento del ideal de morir y matar por el propio país»#. Es decir, que en realidad, lo que se opera es una acaparación del estado emergente de lo sagrado para convertir sus instituciones, normas, y acciones, en una especie de religión civil. El cinismo consiste en que ahora sí estaría legitimado el uso de la violencia pacificadora de las partes en conflicto; eso sí, previa expulsión del debate público de los elementos religiosos, considerados por el laicismo al uso como impúdicos, intolerantes, gravemente perjudiciales para la convivencia. Lo que se intuye detrás de esta ideología moderna es la confusión de los términos, la tergiversación de los acontecimientos históricos narrados por los historiadores, y la mala fe de los filósofos y políticos. Todos ellos amañan los datos para ajustarlos a su teoría cósmica, revestida de relativismo para disfrazar sus pretensiones de universalidad.

Nuestra pretensión es colaborar a dismantelar el mito. La cultura secular es también religiosa, porque sigue haciendo lo sagrado, para sostener su orden social, para entenderse a sí misma. La cultura moderna no ha comprendido la pretensión verdaderamente secularizadora que ha querido traernos la cultura judeocristiana. La sociedad moderna y sus filósofos desde los pioneros ilustrados hasta Rawls, Rorty y Habermas, por poner algún ejemplo, hacen inusitados esfuerzos por establecer los orígenes de la sociedad en un contrato social, en un pacto racional, o en el mutuo interés propio, en el virtual e ideal concierto de intereses comunes o el respetuoso diálogo. Todos ellos se basan en una incapacidad fundamental de entender la naturaleza de lo religioso, incapacidad de carácter mítico, puesto que perpetúa el equívoco propio de la relación de la religión con la violencia.

«El fracaso del hombre moderno a la hora de comprender la naturaleza de la religión ha servido para perpetuar sus efectos. Nuestra falta de fe cumple en nuestra sociedad la misma función que la religión en las sociedades más directamente expuestas a la violencia esencial».

LA LÍNEA MAESTRA DE NUESTRA INVESTIGACIÓN ES ANTROPO-TEOLÓGICO-HISTÓRICA.

La hipótesis está inspirada en un Himno de Melitón de Sardes, del Siglo II de la era cristiana, que nos hace intuir la clara conciencia que él tenía del cristianismo y de su radical diferencia respecto al resto de las religiones del mundo conocido y respecto del resto de las filosofías. Y si él, también la patrística y el cristianismo en general. Expresamente, se observa que lo genuino es la elección privilegiada por parte de Dios de las víctimas mansas e inocentes, que se dejan matar para que los violentos puedan conocer el verdadero rostro de Dios, que nada tiene que ver con la violencia. La congruencia entre el Antiguo y el Nuevo testamento es un elemento sorprendente que redundando en esta singular revelación: el Dios judeo-cristiano nos presenta una alternativa, inédita hasta su llegada, a la violencia que se expresa en el amor al enemigo. Hay figuras en la tradición escrita, en el arte, en la teología y en la historia judeo-cristiana que no dejan lugar para la ambigüedad: perdonar a los que hacen violencia, porque no saben lo que hacen, poner la otra mejilla, bendecir al que nos persigue, dar la vida por los otros, testificar con la vida un amor por encima del miedo a la muerte o al no-ser, todas prefiguradas en el Siervo de YHVH y culminadas en la singularidad de la caritas. Casi toda la patrística y la tradición insiste en las distintas versiones bíblicas de esa inequívoca figura Christi. Desde antes de la fundación del mundo, YHVH estaba mostrando un camino al hombre para protegerle de su autodestrucción, la que preanuncia el apocalipsis, esa posibilidad que Dios no puede evitar so pena de deshumanizarnos. Ese camino fue lo religioso, como intento primario, por medio del sacrificio, de controlar la violencia arbitraria de los hombres. Tras el intento fallido, vino el cristianismo y,

contaminado por los sistemas religiosos arcaicos mostró dos caras, pero siempre presentó claramente la faz del rostro alternativa, la de Cristo.

Intentaremos desvelar ese camino enmarañado por la historia y la filosofía, y trataremos de colaborar a poner las cosas en su sitio en el terreno de la historia y la antropología teológica.

OBJETIVOS

El objetivo de la investigación consistirá en un primer momento en formarnos e informarnos en las novedades bibliográficas y estudios que intentan paliar ese efecto negativo sobre la religión y en concreto sobre el cristianismo. , en desenmascarar esas asociaciones ilegítimas mediante artículos, libros, la organización de un congreso sobre la violencia y la religión.

En un segundo momento aunar a través de sus participantes una línea maestra que configure la especificidad del cristianismo, su preclara pretensión desde los primeros pasos de presentar un antídoto contra la violencia humana, y constatarlo en la antropología cultural (David Atienza), en la antropología filosófica (buscando una imagen del hombre basada en la mansedumbre como definición ontológica: Desiderio Parilla), en la estética y el arte (buscando en la iconografía cristiana de la toda la historia esta omnipresencia de las figuras bíblicas que apuntan al cordero, al siervo de YHVH, a la figura de un Mesías pacífico: Francisco Bueno, experto además en la Historia de las órdenes militares y que investigará el tema afín de la solución guerrera a la alternativa pacífica); en la historia (Carlos Romero), en la ética (poniendo en relación la violencia y el perdón de Girard a Levinas: David García-Ramos) y en la antropología teológica (Ángel Barahona).